

Biopoder y género: las vidas desnudas de la guerra

Bibiana Pérez González, Universidad de Valencia, España

Resumen: Frente a esta nueva soberanía global, sostenida por las “sociedades control” y cuyo escenario político primordial es el “bíos”, me interesa rastrear las marcas de género en la triada: política/mujeres/guerra.

Palabras clave: biopoder, biopolítica, género, marcos, guerra, imperio, conflicto armado, cuerpo, mujeres, vida, Colombia

Abstract: Faced with this new global sovereignty, which is supported by "societies in control" and whose fundamental political scene is the "bios", I am interested in tracking gender within the following parameters: politics/women/war.

Keywords: biopower, biopolitics, gender, frame, war, empire, armed conflict, body, women, life, Colombia

En los últimos años la guerra se ha convertido en una “relación social permanente” (Hardt y Negri, 2000), el poder adquiere otros semblantes y modos de operar, siendo necesario re-significar la concepción tradicional de guerra. Frente a esta nueva soberanía global, me interesa investigar sobre las relaciones de poder que se ejercen sobre las mujeres en los conflictos armados contemporáneos. Tres ámbitos se tratarán con especial atención: en el primero, se propondrá un abordaje conceptual sobre la teoría del Imperio que plantean Hardt y Negri (2000); en el segundo, se anudará la reflexión en torno a la forma como el poder atraviesa el cuerpo social: la biopolítica. En el tercero, se entrará en lo específico sobre guerra y género, y se retomarán algunos elementos del conflicto armado colombiano.

Un nuevo sujeto político: el Imperio

Antoni Negri y Michael Hardt (2000), desarrollan un complejo estudio sobre cómo ciertos procesos globales trascienden las formas que usaban las potencias modernas, basadas en la idea de la extensión de la soberanía de los Estados-nación sobre territorios extranjeros. En su lugar la red, las empresas multinacionales, la informatización y los flujos económicos más importantes, están creando nuevas formas de poder que se nos presentan como una nueva soberanía global a la que denominan Imperio; éste se caracteriza por tener un mando descentralizado, flexible, estar exento de fronteras, y regir no sólo sobre el territorio o la población, sino sobre la totalidad de la vida social (biopoder).

Esta nueva organización mundial se define por una organización reticular constituida por múltiples instancias: los Estados-nación, las instituciones supranacionales, las corporaciones capitalistas, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, las ONG, las industrias de la comunicación, y muchas otras pequeñas y grandes instancias de poder:

Junto con el mercado global y los circuitos globales de producción ha emergido un nuevo orden, una nueva lógica y estructura de mando, en suma, una nueva forma de soberanía. El Imperio es el sujeto político que regula efectivamente estos cambios globales, el poder soberano que gobierna al mundo. (Hardt y Negri, 2000: 4)

En el Imperio no hay un afuera contra el que enfrentarse, todo hace parte de este engranaje, es un aparato de captura que vive a costas de la vitalidad de los pueblos. Una de las ideas centrales de Imperio, es que la guerra se está convirtiendo en el principio organizador básico de la sociedad, y la política simplemente es uno de sus medios o disfraces, lo cual significa, que el discurso bélico está asfixiando la vida social e instaurando un nuevo orden político, convirtiéndose así, en una “relación social permanente”.

En épocas pasadas, la guerra era el último elemento en la secuencia del poder, ahora es el primero, es el fundamento de la política misma, cumpliendo la función de crear y reforzar el orden



global actual. Ante ésta nueva soberanía global ya no sería legítimo hablar de guerras como tal, sino más bien considerar los conflictos armados actuales como “guerras civiles del imperio”. Las guerras trascienden el espacio nacional, pues aunque sean locales, están sin embargo condicionadas por el sistema Imperial global: “Por lo tanto ninguna guerra local debe ser contemplada aisladamente, sino como parte de una gran constelación, vinculada en mayor o menor grado a otras zonas de guerra, así como a zonas que por ahora no están en guerra.” (Hardt y Negri, 2000: 24) En la globalización, el mercado es el nuevo amo que gobierna nuestros tiempos, todo se consume y se mercantiliza, vale para las identidades, los géneros, las relaciones sociales, la política y los conflictos armados.

El poder en la carne

Las prácticas de control de los Estados modernos, han consistido en la explotación de diversas técnicas con el fin de subyugar los cuerpos y controlar la población. Hay una regulación extrema de la vida, ésta debe ser protegida, diversificada y expandida; se basa en la disciplina como instrumento de control, a través de la vigilancia, la intensificación del rendimiento y la maximización de las capacidades. Es así, como el poder en el siglo XIX se hace cargo de la vida, cambian los modos de regular la masa social y aparece un nuevo concepto: la población. La soberanía del individuo pasa a ser soberanía de la especie humana, la biopolítica es este poder encarnado; tecnología que opera sobre el hombre viviente como masa, controlando la demografía, la natalidad, el índice de mortalidad, la seguridad social, la salud, la higiene pública, etcétera.

En esta transformación global del poder, como lo propone Gilles Deleuze (1986), hay un pasaje histórico de las “sociedades disciplinarias” a las “sociedades de control”. En las primeras, los sujetos son sometidos desde el nacimiento hasta la muerte, atravesando por una serie de instituciones tales como, la escuela, la universidad, la fábrica, el hospital, la prisión y el asilo; espacios en los que funcionan mecanismos de inclusión/exclusión, prescribiendo los comportamientos “normales” y sancionando aquellos que se desvían del estándar. Las “sociedades de control” por su parte, se enmarcan dentro de una época de evolución tecnológica, en las cuales, las máquinas simples son sustituidas por las máquinas informáticas y ordenadores. El ejercicio del poder se lleva a cabo mediante rostros más “democráticos”, las máquinas transforman directamente la mente y los cuerpos de los sujetos, llevándolos “(...) hacia un estado de alineación autónoma del sentido de la vida y el deseo de la creatividad.” (Hardt y Negri, 2000: 25).

En suma, los aparatos normalizadores se intensifican en la vida cotidiana y se extienden por fuera de las instituciones que operaban en las sociedades pasadas. Ahora el poder funciona “al aire libre”, el gobierno de la subjetividad crea la ilusión de vivir como seres humanos “autónomos”. Es así, como las “sociedades de control” responden a racionalidades políticas neoliberales y se instalan en lo privado, es decir, el cuerpo, el deseo y la sexualidad, tal es el caso de las sociedades militarizadas que se guían por la lógica del conflicto armado.

En nuestros tiempos los mecanismos son distribuidos a través de los cuerpos y las mentes de los ciudadanos: “En la posmodernización de la economía global, la creación de riqueza tiende cada vez más hacia lo que denominamos producción biopolítica, la producción de la misma vida, en la cual lo económico, lo político y lo cultural se superponen e infiltran crecientemente entre sí.” (Hardt y Negri, 2000: 5). Bajo esta lógica del poder imperial, el cuerpo adquiere un valor crucial: El control de la sociedad sobre los individuos no sólo se lleva a cabo mediante la conciencia o la ideología, sino también en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista lo más importante es lo biológico, lo somático, lo corporal. Michel Foucault (1976), ya había anunciado el nacimiento de la politización de la vida biológica, y lucidamente señala Giorgio Agamben (1998), que el triunfo del capitalismo no había sido posible sin la creación de los cuerpos dóciles que necesitaba, a través de éste control disciplinario.

Agamben (1998) por su parte, desarrolla el concepto de “Nuda vida”, refiriéndose al umbral en el que se superponen los límites entre “bios” y “zoé”, vida biológica y vida cualificada, naturaleza y cultura, espacio privado y público. En la actualidad la “bios” es el terreno por excelencia del poder, si en la antigüedad la vida cualificada era la instancia con la que interactuaba el poder, ahora la vida

biológica ha tomado su lugar. Agamben (2004), también sostiene, que el estado de guerra se ha convertido en una situación global permanente, al instaurarse el “estado de excepción” como una medida continuada, con lo cual, la suspensión de la democracia es la norma y no la excepción; el poder militar tiene la soberanía sobre el individuo y contempla la suspensión de ciertos derechos fundamentales. En definitiva, ésta excepcionalidad de la ley era declarada en el caso de ocurrir una perturbación grave del orden interno de un país, ahora vivimos en un “estado de excepción permanente”. El mayor peligro que esto representa, es aislar a los sujetos de todo contexto social, cultural e histórico y tratarlos como mera cifra, materia prima, proyecto político, así como sucedió efectivamente en Auschwitz. El “estado de excepción” es en consecuencia, ese mecanismo instaurado por las tecnologías del poder, para crear vidas desnudas al servicio del Imperio.

En resumen, podemos decir, que en las sociedades modernas ha operado un cambio estructural en la manera como el individuo se relaciona con el Estado y con los otros, producto de la instauración de un orden político fundado en un “estado de excepción permanente”, en el cual, el individuo es privado de sus libertades personales y es expuesto al poder militar/político sin ninguna mediación. El resultado de toda esta maquinaria, es la des-humanización progresiva del ser humano y el genocidio. Es así, como la biopolítica crea sus propios sujetos al instalarlos en la vida desnuda, que frente a ésta des-subjetivación sistemática no tienen otra opción que reivindicar violentamente sus derechos. En esta situación, en la que cualquier persona es un criminal en potencia nos encontramos en el exilio, van apareciendo esos otros que llevan el emblema de la marginación y la otredad: el extranjero, el musulmán, el refugiado político, las mujeres y niñas en la guerra, el homosexual, el indígena, el afro-descendiente, en fin, los residuos de la modernidad. Se construye la otredad para justificar así su aniquilación, sus vidas son usadas para mantener vivos a los que sí merecen vivir. Así lo señala Butler (2010), cuando afirma que en la contemporaneidad no todo el mundo cuenta como sujeto: la muerte de los marginados es necesaria para proteger la vida de los “vivos”.

América Latina no ha sido ajena a esta mutación del capitalismo, se hace imprescindible plantear no obstante, una biopolítica del Sur. Los ejercicios del poder en este continente se fundaron “(...) sobre la gestión de la vida de los estratos sociales excluidos y de las clases subalternas. A través de la modulación de los flujos de sangre, de las culturas y de las migraciones internas y externas.” (Negri y Cocco, 2006: 173) Los rostros del sujeto trabajador que el biopoder hizo suyos fueron los indígenas, proletarios, subproletarios y esclavos, configurándose una falta estructural, inhumana y feroz de democracia. Es así como el mestizaje, es definido como un dispositivo biopolítico basado en la gestión de los flujos: las fronteras son esencialmente fronteras de sangre. (Negri y Cocco, 2006) El Estado y el pueblo en América Latina, se constituyeron en estratificaciones esclavistas, formas sociales y étnicas variadas que perduran hasta nuestros días ganando flexibilidad. Sin embargo, frente a este nuevo orden global y esta des-subjetivación constante por parte del poder ¿Qué lugar ocupan las relaciones de género?

Género y guerra

Partiendo de la premisa según la cual, la subjetividad no es sustancial, sino que es formada en el campo de las fuerzas sociales, estamos de acuerdo en afirmar que la función del poder se materializa en la sujeción de los individuos: genera subjetividades y regula la creación de identidades. En esta misma línea, nos propone Giulia Colaizzi ir más allá de la dialéctica sexual establecida y “(...) entender que los papeles sexuales y las identificaciones genéricas tienen que ser anclados necesariamente en el ámbito de la producción y de la reproducción social, en la estructura socio-económica e ideológica que funcionaliza los sujetos históricos que llamamos “hombres” y “mujeres” en sus intereses y en su propia perpetuación” (Colaizzi, 2006: 16).

El género se construye a través de las relaciones de poder, más exactamente las restricciones normativas que regulan los seres corporales; hay un exterior constitutivo, inevitable. Hay unos términos que hacen “necesarios” ciertos cuerpos, efecto que produce que otros sean impensables, invivibles, abyectos; ubicados en las fronteras, son el exterior constitutivo de los cuerpos que sí importan. (Butler, 2002) El cuerpo es, por tanto, un escenario de convergencia entre diversas relaciones

culturales e históricas específicas y funcionan bajo la lógica de la exclusión, del afuera constitutivo. La “categoría del sexo” nos dirá Judith Butler, es parte de una práctica reguladora que produce, demarca, circunscribe y diferencia los cuerpos que gobierna. Es en términos foucaultianos, un ideal regulatorio. Lo corpóreo no es en consecuencia “(...) una superficie disponible que aguarda significación, sino como una serie de límites individuales y sociales que se mantienen y adquieren significado políticamente.” (Butler, 2001: 67) Lo corporal es una superficie inscrita a través de las costumbres sociales, y es tomada por las instituciones sociales para desarrollar sus fines: “No se trata de que (los cuerpos) adopten representaciones adecuadas o imperativos históricos, sociales o culturales, conservando al mismo tiempo su esencia, sino que todos esos factores producen un determinado tipo de cuerpo” (McDowell, 1999: 75).

Tomemos como ejemplo Colombia, un país del sur con una larga historia de muertes y conflictos armados. Allí la sexualidad y el cuerpo son atravesados por el discurso bélico, son regulados por la conducta moral y las estructuras jurídicas e institucionales. Los cuerpos del afuera en este caso, son aquellos violados, mutilados y perdidos. La violencia contra la mujer, forma parte integral de los conflictos armados y sigue siendo una práctica extendida que utilizan todos los bandos. Los altos índices de violencia sexual, que no afectan en igual proporción a los hombres en el contexto colombiano, se pueden definir:

(Como) violaciones, abuso sexual, acoso sexual, amenazas con contenido sexual, desnudez forzada, embarazo forzado, aborto forzado, esterilización forzada, prostitución forzada, mutilación sexual, esclavitud sexual, imposición de normas y códigos de conducta, trabajos domésticos forzados y castigos por sus relaciones afectivas y vínculos familiares. (Albareda y García, 2008: 175)

Se siembra el terror para conseguir objetivos militares, sus cuerpos se han convertido en auténticos campos de batalla con los que se lesiona al enemigo, se controlan territorios y recursos, ¿Qué significado cobra ésta práctica en la guerra?, ¿Por qué no cesa de aparecer una y otra vez en Colombia y en los conflictos armados en general? Muy acertadamente afirma Zillah Eisenstein (2006), que las violaciones sistemáticas parecen integradas en las políticas militares, es una constante que no cesa de aparecer, lo vemos con los soldados nazis y sus esclavas sexuales judías, en los campos de violaciones creados por los Serbios durante la guerra en Bosnia, la violación como práctica institucionalizada por el ejército japonés en la Segunda Guerra mundial, en la mutilación y violaciones de la masacre en Ruanda a mujeres tutsis, y como vemos, las alarmantes cifras de violencia sexual a mujeres y niñas en el conflicto armado colombiano.

A lo largo de la historia, se han reportado alarmantes cifras que denuncian esta sospechosa relación entre guerras/abusos sexuales: entre 80.000 y 200.000 mujeres fueron víctimas de violencia sexual en los burdeles militares en Japón, antes y durante la Segunda Guerra Mundial (dichos espacios se crearon para evitar que la violencia sexual se produjera de manera descontrolada y elevar la moral de los combatientes). Alrededor de 70.000 mujeres fueron víctimas de violencia sexual en la independencia de India, y entre 200.000 y 400.000 mujeres, fueron víctimas de violencia sexual, durante el conflicto que dio lugar a la creación de Bangladesh como estado independiente.

Los acontecimientos del siglo XX son herencia según Giorgio Agamben (1998), de una categoría del derecho romano, el *homo sacer*, figura que se encarna en cualquier individuo al que se le puede dar muerte sin ser considerado un delito, en definitiva, la vida del *homo sacer* es objeto de sacrificio. En ese sentido, las muertes y todas las inscripciones de violencia en el cuerpo de las mujeres dentro de los conflictos armados, son objeto de una expiación por aparte de los actores de la guerra, heridas y muertes que se silencian, se permiten y se perpetúan, haciendo de éstas mujeres una *femina sacer* en contraparte al *homo sacer* de Agamben.

Finalmente, la degradación del género es parte integrante de la guerra. La violencia sexual hacia las mujeres se lee muchas veces como producto, síntoma o consecuencia de los conflictos armados, sin embargo, la violación representa más bien, un tipo de guerra o bien, la continuación de ésta, por otros medios y con otros recursos igualmente inhumanos. El enemigo sea cual sea, es feminizado: el triunfo de los combates reafirma la hombría, mientras que lo contrario implica la castración de los combatientes, la comunidad o el país. En otras palabras, “La guerra institucionaliza la diferencia

sexual al mismo tiempo que contribuye a socavarla.” (Eisenstein, 2006: 61) Las mujeres, niñas, campesinas y afro-descendientes colombianas encarnan uno de esos residuos de la modernidad a los que alude Zygmunt Bauman (2005), son las víctimas colaterales del progreso económico a escala planetaria como efecto secundario inevitable de la construcción del Orden social.

Conclusiones

Reflexionar sobre la relación guerra/género nos lleva indudablemente a analizar las dinámicas del poder actual, así como a sus movimientos y mutaciones. La teoría del Imperio que proponen Hardt y Negri (2000), es clave para entender las múltiples interconexiones del poder contemporáneo y sus modos de operar. La guerra como la conocíamos antes, se ha ido desvaneciendo al ritmo de la globalización y de la instauración de la biopolítica como forma de gobierno. Solamente entendiendo el lugar que adquiere el cuerpo dentro de la política actual, podremos entender la exacerbación de los abusos sexuales dentro de los conflictos armados.

El Imperio es pues, un concepto político totalmente diferente que hace referencia al nacimiento de un nuevo tipo de soberanía global, descentralizada y flexible con el debilitamiento de los Estados-nación, y la transferencia del poder al mercado. Contrario a los imperialismos, en el Imperio no hay un afuera contra el que enfrentarse, cualquiera puede ser el enemigo. En épocas anteriores, la guerra era el último elemento desplegado en la secuencia de poder, sin embargo, en la configuración actual del mundo, es el primero, cumpliendo la función de crear y reforzar el orden global; es decir, la guerra se ha convertido en una “situación social permanente”. El poder en nuestros tiempos es esencialmente biopoder, es decir, no solo administra la masa social, busca regir directamente sobre la naturaleza humana.

En este escenario, donde la guerra se ha convirtiendo en el principio organizador básico de la sociedad, el poder genera los cuerpos dóciles para insertarlos en la lógica, ya no solo del capitalismo, sino también del discurso bélico. La autoridad de hoy, es la autoridad del capital, es una Ley que abarca nuestras vidas, estableciendo relaciones de producción y explotación. Con lo cual, no solo se generan mercancías, sino que se producen y administran subjetividades, relaciones sociales, vidas vivibles, vidas abyectas, cuerpo marcados, tachados y violados.

La biopolítica, por tanto, se constituye en la forma paradigmática que toma el Imperio para funcionar; entendida como un conjunto de saberes, técnicas y tecnologías que convierten la capacidad biológica de los seres humanos, en el medio por el cual, el Estado alcanza sus objetivos. La “bios”, lo somático, el cuerpo, adquiere un valor fundamental: una biología disciplinada y sometida a las autoridades para su producción y explotación; el poder impulsa la vida en beneficio del capitalismo y al mismo tiempo acaba con ella. Esta forma de gobierno, no deja de manifestarse en los territorios donde imperan los conflictos armados por medio de sus prácticas normalizadoras.

Sabemos pues, que el terreno por excelencia del poder es el cuerpo social, actuando simultáneamente de manera global e individualizada, valiéndose del poder militar/policivo. Se hace evidente en contextos de guerra, que las marcas de las mujeres están atravesadas por una doble significación de sexualidad y muerte, que a su vez se integran a la lógica capitalista de la reproducción del mercado global. Para terminar, las formas de organización y movilización social a nivel mundial, son claros indicios de resistencia del cuerpo social a vivir bajo la lógica de la dominación biopolítica, del funcionamiento perverso de la producción capitalista, de la guerra como “relación social permanente”, del “estado de excepción“, de esa suerte de animalización sistemática cuyo objetivo es sacrificar la subjetividad en esta creación constante de campos de concentración, ¿Estaríamos acaso frente a una realidad que apela por la existencia de un nuevo bios?

REFERENCIAS

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- (2004). *Estado de excepción. Homo sacer II*. Valencia: Pre-Textos.
- Albereda y García (cord) (2008). “VI Jornadas sobre Colombia. Mujeres y conflicto en Colombia”.
En: *Taula Catalana per la Pau i els drets humans a Colombia*. Barcelona.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*.
Barcelona: Paidós.
- (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- (2010). *Marcos de guerra. Vidas lloradas*. Barcelona: Paidós, 2010. Impreso.
- Camargo, L. M. y Zambrano, L. (2006). *Sujetos violentos, sobre su constitución biopolítica*. Cali,
Colombia: Universidad del Valle.
- Cocco, G y Negri, A. (2006). *Global: biopoder y luchas en una América latina globalizada*. Buenos
Aires: Paidós.
- Colaizzi, G. (2006). *Género y representación: posestructuralismo y crisis de la modernidad*. Madrid:
Biblioteca nueva.
- (2007). *La pasión del significante. Teoría de género y cultura visual*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- De Sousa S. B. (2010). *Para descolonizar Occidente: más allá del pensamiento abismal*. 1a Ed.
Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. CLACSO. Prometeo Libros.
- Deleuze, G. (1986). *Foucault*. París: Minuit.
- Deleuze, G y Guattari, F. (2004). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos.
- Eisenstein, Z. (2006). *Señuelos sexuales. Género raza y guerra en la democracia imperial*.
Barcelona: Bellaterra.
- Foucault, M. (1976). “Derecho de muerte y poder sobre la vida”. En: *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Gubern, R. (2000). *El eros electrónico*. Madrid: Taurus.
- Hardt, M. y Negri, A. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Debate.
- (2000). *Imperio*. Cambridge, Massachussets: Edición de Harvard University Press.
- Human Rights Watch. (2011). “Colombia: resumen del país”. *Memoria y dignidad*. [Disponible en: <http://memoriaydignidad.org/memoriaydignidad/index.php/site-administrator/extradicion-y-sus-secuelas/investigaciones-relacionadas/801-colombia-resumen-pais> (acceso: 09/2012)].
- (2012). “Capítulo del Informe Mundial: Colombia” [Disponible en: <http://www.hrw.org/es/informe-mundial-2012> (acceso: 25/05/2013)].
- Kristeva, J. (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona: Ed. Plaza Janés.
- Levinas, E. (1993). *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Valencia: Pre-textos.
- McDowell, L. (1999). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid:
Ediciones Cátedra.
- Revista Semana. (2013). *Proyecto víctimas*. [Disponible en: <http://www.semana.com/Especiales/proyectovictimas/index.html> (acceso: 31/03/2013)].

SOBRE LA AUTORA

Bibiana Pérez González: Doctoranda en Comunicación de la Universidad de Valencia (España), máster en Menores en situación de Desprotección y/o Conflicto Social (Deusto, 2009) y máster en Estudios de Género y Políticas de igualdad (UV, 2011). Licenciada en Psicología por la Universidad del Valle (Colombia, 2007). Algunos de sus reconocimientos han sido la obtención de la beca de padrinazgo académico (Univalle), la beca del programa “Mujer y Desarrollo” (UV), la beca de residencia para doctorado del Colegio Rector Peset (UV), y la beca para jóvenes investigadores del congreso de Ciencias Sociales (2013) celebrado en Praga. Ha participado además, en varios congresos y publicaciones en revistas a nivel nacional e internacional. Coautora del libro: *Feminidad y castración: ¿Una relación posible?* Alemania: LAP LAMBERT Academic Publishing GmbH &Co.